

## SOBRE LA HISTORIA DE LA VIDA DE JESUCRISTO.

DEL P. DE LIGNY DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

Junio 1808.

La historia de la vida de Jesucristo es una de las últimas obras que debemos á esa famosa sociedad, cuyos miembros han sido casi todos literatos distinguidos. El P. de Ligny, que nació en Amiens el 1710 sobrevivió á la destrucción de su órden, prolongando hasta el 1788 una carrera principiada en tiempo de las desgracias de Luis XIV, y concluida en la época de los desastres de Luis XVI. Si en alguna parte os encontráis con un eclesiástico anciano, lleno de ciencia, de imaginación y de amenidad, hablando como suele hablarse en la sociedad de buen tono, y distinguiéndose por los modales de una esmerada educación, desde luego creereis que aquel anciano sacerdote es un jesuita. El abate L'enfant había también pertenecido á esa órden que ha dado tantos mártires á la Iglesia. Ese abate fue amigo del P. de Ligny y le determinó á publicar su *Historia de la vida de Jesucristo*, que no es mas que un comentario del Evangelio, y en nuestro concepto, esto es lo que constituye su mérito.

El P. de Ligny cita el texto del Nuevo Testamento y parafrasea cada versículo de dos modos, el uno explicando moral é históricamente lo que se acaba de leer, y el otro contestando á las objeciones que contra el pasaje citado hayan podido hacerse. El primero de estos dos comentarios está embebido en la página con el texto, como en la Biblia del P. de Carrières, y el otro figura como nota al pié de la página. De esta manera el autor presentando en ordenada serie los diversos capítulos del Evangelio, haciendo notar sus relaciones, y armonizando sus aparentes contradicciones, desarrolla toda la vida del Salvador del Mundo.

La obra del P. de Ligny había llegado á hacerse rara, y la Sociedad Tipográfica ha hecho un verdadero servicio á la religión reimprimiendo un libro tan útil. Muchas son las *Vidas* de Jesucristo que posee la literatura francesa; mas ninguna reúne como la que nos ocupa en este instante las dos ventajas de ser á un mismo tiempo explicación del Evangelio y refutación de los sofismas que corren en la actualidad. La *Vida* de Jesucristo por Saint-Real, carece de unción y de sencillez: mas fácil es imitar á Salustio y al cardenal de Retz, que llegar al tono del Evangelio. Su estilo, algo anticuado, contribuye tal vez á darle nuevo atractivo; la antigua lengua francesa, particularmente la que se hablaba en tiempo de Luis XIII, era muy á propósito para expresar la energía y la sencillez de la Sagrada Escritura. Mucho sería de desear, que al presente se hiciese una buena traducción de ella: Sacy llegó algo tarde. Las dos mas hermosas traducciones modernas de la Biblia, son la española y la inglesa. Esta última, que no pocas veces tiene la misma energía que el hebreo, es del reinado de Jacobo I: la lengua en que está escrita, ha llegado á ser para los tres reinos una especie de lengua sagrada, como el texto samaritano para los judíos, y con ella parece haberse aumentado la veneración que los ingleses profesan á la Escritura, resaltando con la antigüedad del idioma la antigüedad del libro.

Por lo demás, es preciso confesar, que todas las historias de Jesucristo, que como la del P. de Ligny

no sean un simple comentario del Nuevo Testamento, son generalmente hablando, obras malas y perniciosas. Ese modo de desfigurar el Evangelio, se ha aprendido de los protestantes, y hemos hecho ya observar, que muchos cayeron en el socinianismo. Jesucristo era mas que hombre: su vida no debe escribirse como la de un simple legislador. En vano procurareis contar sus acciones del modo mas interesante; nunca pintareis mas que su *humanidad*: su naturaleza divina se escapará de vuestro pincel. Las virtudes del hombre, tienen, si así podemos decirlo, algo de *corporeo* de que el escritor puede dar cuenta; pero en las virtudes de Jesucristo, hay una luz *intelectual*, hay un *espiritualismo* que la materialidad de nuestras expresiones de ninguna manera acertaría á explicar. Ese *espiritualismo* es á manera de la verdad de que habla Pascal, verdad tan fina, y tan delicada, que nuestros groseros instrumentos no pueden tocar sin que su punta se embote. La divinidad de Cristo no es por lo tanto, ni puede ser tan visible en ninguna parte como en el Evangelio, donde brilla entre los inefables sacramentos instituidos por el Salvador, y en medio de los milagros que hizo. Solo los apóstoles han podido espresarla, porque la describieron bajo la inspiración del Espíritu Santo. Habían sido testigos de las maravillas consumadas por el Hijo del Hombre; habían vivido con él, y en su palabra sagrada se conservaba alguna impresión de la divinidad del Maestro, así como las celestiales facciones de este, se dice que quedaron estampadas en el misterioso lienzo que sirvió para enjugar el sudor de su rostro.

Hasta bajo el simple aspecto del gusto y de la literatura, hay algun peligro en transformar de ese modo el Evangelio en una *Historia de Cristo*. Al dar á los hechos no sé qué colorido humano y puramente histórico; al invocar á cada paso una supuesta razón que con frecuencia no es tal vez mas que deplorable locura, y al no predicar mas que la moral enteramente despojada del dogma, vieron los protestantes perecer entre ellos la alta elocuencia: no pueden efectivamente los Tillotson, ni los Wilkins, ni los Goldsmith, ni los Blair, á pesar de su mérito, ser considerados como grandes oradores, particularmente si se les compara con los Basilio, Crisóstomos, Ambrosios, Bourdaloue y Masillon. Toda religión que se hace un deber de escluir el dogma y reprobar la pompa del culto, se condena á la aridez. No se presume que el corazón del hombre, privado del socorro de la imaginación, tenga en sí mismo recursos para sustentar un raudal de elocuencia. Toda sensación pasa al ser producida, si no queda en su defensor algo que la sostenga, imágenes que la renueven, espectáculos que la robustezcan, ó dogma, que arrebatándola á la región de los misterios, impida el desencanto. Jáctase el protestantismo de haber desterrado de la religión cristiana la tristeza; pero en el culto católico, Job y sus santas melancolías, la sombra de los claustros, las lágrimas del penitente sobre una roca, y la voz de un Bossuet junto á un féretro, producirán mas hombres de talento que todas las máximas de una moral sin elocuencia, tan desnuda como el templo en que se predica.

Muy bien comprendió por consiguiente el P. Ligny su asunto, cuando en su vida de Jesucristo se

limitó á una simple concordancia del Evangelio. Pero además de esto, ¿quién podría lisonjearse de llegar á la belleza del Nuevo Testamento? Cualquiera autor que tuviere semejantes pretensiones, bien podría decirse que pronunciaba su propia sentencia. Cada evangelista tiene un carácter particular, menos San Marcos, cuyo evangelio no parece ser mas que el compendio de San Mateo. Sin embargo, San Marcos era discípulo de San Pedro, y muchos creen que escribió lo que le dictaba el Príncipe de los apóstoles. Es digno de notarse, que no se olvidó referir el pecado de su maestro. Sublime é interesante misterio nos parece la circunstancia de que Jesucristo hubiese elegido para jefe de su Iglesia, precisamente al único de sus discípulos que renegó. Ahí está encerrado todo el espíritu del cristianismo: San Pedro es el Adán de la Nueva Ley, es el padre culpable y arrepentido de los nuevos israelitas; su caída nos enseña también, que la religión cristiana es una religión de misericordia, y que Jesucristo estableció su ley entre los hombres sujetos al error, y mas bien para el arrepentimiento que para la inocencia.

El Evangelio de San Mateo es particularmente precioso por la moral. Este es el apóstol que nos transmitió mayor número de aquellos preceptos en forma de afectos que tan abundantemente salían de las entrañas de Jesucristo.

San Juan tiene alguna cosa todavía mas tierna y simpática. En su evangelio se echa de ver el discípulo que *Jesús amaba*, el discípulo que el maestro quiso ver durante se agonía en el huerto de los Olivos. Sublime distinción ciertamente, pues solo el amigo de nuestra alma es el digno de entrar en el misterio de nuestros dolores. Juan fue además el único de los apóstoles que acompañó al *Hijo del Hombre* hasta la cruz. Allí fue donde el Redentor le confió su madre, diciendo: *Mater, ecce filius tuus; discipulus, ecce mater tua.* ¡Expresión celestial, palabra inefable! El querido discípulo que había dormido sobre el seno del maestro, retuvo su imagen de un modo inextinguible; así es, que fue el primero que lo conoció despues de su resurrección. No pudo el corazón de Juan desconocer las facciones de su divino amigo; por eso se dice, que su fe provino de la caridad.

Por lo demás, todo el espíritu del evangelio de San Juan, está encerrado en esta máxima que incesantemente estuvo repitiendo durante la vejez: *Mis pequeños hijos, amaos los unos á los otros.* No pudiendo el apóstol, lleno ya de edad y de buenas acciones, pronunciar largos discursos al nuevo pueblo que había engendrado para Dios, se contentaba con repetir esas amorosas palabras.

San Jerónimo dice, que San Lucas era médico, profuesion tan noble y tan hermosa en la antigüedad, y que su evangelio es la medicina del alma. El lenguaje de este apóstol es puro y elevado: conócese que era un hombre versado en las letras, y que comprendía los asuntos y los hombres de su tiempo. Da principio á su narración á la manera de los antiguos historiadores: diríase que es Herodoto el que habla:

«1. Como muchos han tratado de escribir la historia de las cosas que se han consumado entre nosotros.

«2. Según la relación que nos han hecho los que desde el principio las vieron con sus propios ojos, ó han sido ministros de la palabra.

«3. He creído, muy excelente Teófilo, que debía también despues de haberme exáctamente informado de todas aquellas cosas desde su principio, escribiros por órden toda la historia.»

Tal es hoy nuestra ignorancia que acaso habrá literatos que se admirarán al saber que San Lucas es un eminente escritor, cuyo evangelio respira el genio de la antigüedad griega y hebrea. ¿Qué podrá haber

mas magnífico que todo el pasaje que precede al nacimiento de Jesucristo?

«En tiempo de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote llamado Zacarías, de la sangre de Abia: su mujer era también de la raza de Aarón y se llamaba Isabel.»

«Ambos eran justos ante Dios... No tenían hijos, porque Isabel era estéril, y los dos estaban avanzados en edad.»

Zacarías ofrece un sacrificio; un ángel se le presentó de pie al lado del altar de los perfumes. Predícele, que tendrá un hijo; que este hijo se llamará Juan; que será precursor del Mesías, y que reunirá el corazón de los padres y de los hijos. El mismo ángel va en seguida á visitar una virgen que moraba en Israel, y le dice: «Dios te salve, ¡oh llena de gracia! ¡El Señor es contigo!» María se va á los montes de la Judea: se encuentra con Isabel, y el niño que esta llevaba en su seno se estremece al oír la voz de la Virgen que debía dar la vida al Salvador del mundo. Isabel, poseída súbitamente del Espíritu Santo, levanta la voz y esclama: «Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.»

«¿De dónde me viene la dicha de que la madre de mi Salvador venga á verme?»

«Pues cuando me habeis saludado, apenas vuestra voz á llegado á mi oído, cuando mi hijo se ha estremeceido de júbilo en el seno.»

María entonces, llena de admiración entona el magnífico canto: «Engrandece, alma mía al Señor.»

A continuación sigue la historia del pesebre y de los pastores. Una numerosa legión del ejército celestial canta durante la noche: ¡Gloria á Dios en el cielo, y paz á los hombres en la tierra! Expresiones dignas de los ángeles y que son como un compendio de la religión cristiana.

Creemos tener algun conocimiento de la antigüedad, y por consiguiente, nos atrevemos á asegurar, que se emplearía mucho tiempo en investigaciones entre los mejores autores de Grecia y de Roma antes de encontrar algun pasaje que sea tan sencillo y tan sublime á un mismo tiempo.

Cualquiera que lea el Evangelio con algo de reflexión, encontrará á cada paso cosas admirables en que no habrá acaso reparado á primera vista por su extremada sencillez. San Lucas, al dar la genealogía de Cristo, se remonta hasta el principio del mundo. Al llegar á las primeras generaciones, y prosiguiendo en nombrar las razas, dice: *Cainan que fue Henos, que fue Seth, que fue Adán, que fue de Dios*; la simple palabra que *fue de Dios*, puesta allí sin comentarios, sin reflexión para referir la creación, el origen, la naturaleza, los fines y el misterio del hombre, nos parece una grandiosa sublimidad.

Alabanzas merece el P. Ligny por haber comprendido que ninguna de esas cosas debía variarse, y que solo un gusto pervertido ó un cristianismo mal entendido podían no darse por satisfechos de semejantes rasgos. Su historia de Jesucristo ofrece una nueva demostración de esta verdad, que hemos sustentado ya en otras partes, á saber: que las bellas artes entre los modernos, deben al culto católico la mayor parte de sus triunfos. Sesenta grabados, copia de los mejores maestros de las escuelas italiana, francesa y flamenca, enriquecen esa hermosa obra que damos á conocer al público. Es cosa digna de llamar la atención, que al querer añadir algunos cuadros á una *Historia de la vida de Jesucristo*, se hayan encontrado reunidas como casualmente, todas las obras maestras de la pintura moderna.

Asimismo, es digna de alabanza la sociedad Tipográfica, que en tan breve espacio de tiempo ha producido, con tan exquisito gusto y discernimiento, obras tan generalmente útiles como los *Sermones escogidos de Bossuet y de Fenelon*, las cartas de San Francis



co de Sales. Estos y otros excelentes libros que han salido de las prensas de esa sociedad, nada dejan que desear por lo tocante á la ejecucion.

La obra del P. Ligni, enriquecida por el dibujo, debe recibir aun otro adorno no menos precioso; Mr. de Bonald se ha encargado de escribir el prólogo: el nombre de ese escritor, es garantía de talento y de ilustracion, é impone respeto y aprecio. ¿Quién mejor puede hablar de las leyes y de los preceptos de Jesucristo que el autor del *Divorcio*, de la *Legislacion primitiva* y de la *Teoria del poder político y religioso*?

No lo dudemos: ese culto *insensato*, esa *locura* de la Cruz, cuya próxima caída nos anunciaba una soberbia sabiduría, va á renacer con nuevo vigor; la palma de la religion crece siempre en proporcion del llanto que derraman los cristianos, cual suele la yerba del campo reverdecer en un terreno recientemente humedecido. Insigne error era el creer, que el Evangelio estaba destruido, porque á los dichosos del mundo, no les placia defenderlo. El poder del cristianismo está en la cabaña del pobre, y su base es tan duradera como la miseria humana en que se apoya. «La Iglesia, dice Bossuet en un pasaje que podría creerse producido por la ternura de Fenelon, sino presentase un tono mas original y elevado, la Iglesia es hija del Omnipotente; pero su padre, que la sostiene en lo interior, la abandona con frecuencia á las persecuciones, y á imitacion de Jesucristo se ve en su agonía obligada á exclamar: *¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me has abandonado?* (1) Su esposo es el mas perfecto (2) de todos los hijos de los hombres; mas ella no ha oido su agradable voz ni gozado de su dulce y deseada presencia sino un solo instante (3). De repente se alejó de ella con rapido curso; y mas ligero que el cachorro de la cierva, trepó sobre las mas altas montañas (4). Semajante á una esposa desolada, la Iglesia no hace mas que llorar, y el gemido de la *tórtola* abandonada está siempre en su boca (5). Finalmente, es como extranjera y errante sobre el mundo á donde viene á recoger bajo sus alas los hijos de Dios; y el mundo que hace esfuerzos para arrebatárselos, no cesa de oponer contrariedades á su peregrinacion (6).»

Puede oponerle contrariedades á su peregrinacion; pero no impedir que la verifique. Si el autor de este artículo no hubiese estado anteriormente penetrado de esta verdad, acabaria de convencerse de ella por la escena que actualmente está pasando á su vista (7). ¿Cuál es ese poder extraordinario que hace pasar esos cien mil cristianos sobre las ruinas? ¿Por qué prodigio vuelve la cruz á aparecer triunfante en esa misma ciudad donde hace algun tiempo el horrible sarcasmo, la arrastraba por el cieno ó la sangre? ¿De dónde renace esa solemnidad proscripta? ¿Qué canto de misericordia ha reemplazado tan súbitamente el estrépito del cañon y al grito de dolor de los cristianos ametrallados? ¿Son los padres, los hermanos y los hi-

(1) Deus meus, Deus meus. ¿ut quid dereliquisti me?  
(2) Speciosus forma me filiis hominum. (Psal. XLIV, 5.)  
(3) Amicus autem sponsi, qui stat, et audit eum, gaudet propter vocem sponsi. (Joan. III, 29.)  
(4) Fuge, dilecte mihi, et assimilare capreae hinnoloque cervorum super montes aromatatum. (Cant. VIII, 14.)  
(5) Vox turturis audita est in terra nostra. (Cant. II, 12.)  
(6) Oracion fúnebre de M. Le-Tellier.  
(7) M. de Chateaubriand escribió este pasaje en Lyon durante las solemnidades religiosas del *Corpus*.

jos de esas víctimas los que ruegan á Dios por los enemigos de la fe, los que se ven de rodillas por todas partes en las ventanas de esas casas medio derruidas, y sobre los montones de piedras donde aun humea la sangre de los mártires? Las colinas cargadas de monasterios no menos religiosas, por hallarse desiertas; esos dos rios, á donde con tanta frecuencia ha sido arrojada la ceniza de los confesores de Cristo; todos esos lugares consagrados por los primeros pasos del cristianismo en las Galias; esa gruta de San Pothin, esas catacumbas de San Irineo no han visto mayores milagros que el que se está consumando en este momento. Si en 1793, en medio de los ametrallamientos de Lyon, cuando se derribaban los templos y se degollaban los sacerdotes; cuando por las calles paseaban un asno cargado con los ornamentos sacerdotales; cuando el verdugo, armado del hacha proclamaba aquella digna pompa de la razon, si un hombre entonces hubiera dicho: «Antes que pasen diez años, un príncipe de la Iglesia, un arzobispo de Lion llevará públicamente el Santísimo Sacramento por esos mismos sitios, será acompañado de un numeroso clero, seguido de jóvenes vestidas de blanco, y de hombres de todas edades y profesiones que procesionarán y seguirán la pompa con flores y luces, y en ella figurarán para protegerla esos mismos soldados que ahora desencaminados por la seduccion, se manifiestan tan enemigos del culto;» si un hombre, volviéramos á repetir, hubiéramos hablado de este modo, habria sido tenido por visionario, y sin embargo, no habria dicho toda la verdad. La víspera de esta solemnidad, mas de diez mil cristianos han querido recibir el sello de la fe. El digno prelado de esta gran municipalidad, ha aparecido, como San Pablo, en medio de una inmensa multitud que le pedia un sacramento tan precioso en los dias de calamidad, puesto que le inspiró fuerzas para confesar el Evangelio. Aun hay mas: la iglesia se ha reforzado con nuevos Altas; se han ordenado nuevos diáconos, y se han consagrado nuevos sacerdotes. ¿Dónde estarán los beneficios que les esperan, ó los honores que pueden indemnizarlos de los trabajos que exige su ministerio? Una mezquina pensión alimenticia, algun presbiterio medio arruinado, ó una oscura morada fruto de la caridad de los fieles, hé ahí todo lo que pueden prometerse, sin contar con las calumnias, delaciones y disgustos de toda especie. Digámoslo de una vez; si un hombre, que hoy todo lo puede, retirase la mano protectora, mañana el filosofismo haria caer la cabeza de los sacerdotes bajo la cuchilla de la *tolerancia*, y volveria á abrir para ellos los filantrópicos desiertos de la Guyana. ¡Ah! cuando esos hijos de Aaron se han prosternado con la frente en tierra, cuando el arzobispo en pie delante del altar, y extendiendo sus manos sobre los nuevos Levitas ha dicho: *Accipe jugum Domini*, la fuerza de estas palabras ha penetrado todos los corazones y llenado de lágrimas todos los ojos: ellos han aceptado ese *yugo del Señor*, y lo encontrarán tanto mas ligero (*onus ejus leve*) cuanto mas pesado traten de hacérselo los hombres. De manera, que á pesar de las predicciones de los oráculos del siglo, á despecho de los progresos del espíritu humano, la Iglesia crece y se perpetúa con arreglo al oráculo inálible del que la ha fundado, y por muy violentas que sean las tempestades que todavía tengan que estallar, la Iglesia triunfará de las *luces* de los solistas, asi como triunfó de las tinieblas de los bárbaros.

## BEATTIE.

Junio 18 1.

El genio escocés ha sostenido con honor en este último siglo una literatura que los Pope, los Addison, los Steele y los Rowe habian elevado á un alto grado de gloria. No tiene Inglaterra historiadores que se aventajen á Hume, ó á Robertson, ni poetas mas fecundos ni amables que Thomson y Beattie. Este último que nunca ha llegado á bajar de su desierto, simple sacerdote y profesor de filosofía en una pequeña poblacion del Norte de Escocia, ha dado á conocer canciones de un género interesante, nuevo, arrancando á su lira tonos algo parecidos á los del harpa de un bardo. Su principal, ó por decirlo asi su única obra, es un pequeño poema intitulado *Minstrel* ó los *Progresos del genio*. Beattie se propuso pintar los efectos de la inspiracion poética en un joven pastor montañés, y describir las emociones que acasó el autor personalmente habia sentido. La idea primitiva de ese poema es hermosa, y la mayor parte de los detalles muy agradables. Toda la composicion está escrita en estancias rimadas como las antiguas baladas escocesas, y esto contribuye á aumentar su originalidad, sin que por eso podamos menos de decir, que en ella, asi como en todos los autores extranjeros, se encuentra alguna pesadez y rasgos de no muy buen gusto. El doctor Beattie se complace en extenderse sobre pasajes comunes de la moral, y no siempre consigue darles algun aire de novedad. Generalmente los hombres de una imaginacion brillante y tierna, y poco vigor en el raciocinio. Para dar á luz grandes ideas, es preciso tener pasiones volcánicas, ó una inspiracion de elevado temple. Hay una cierta calma de corazon, y una dulzura de imaginacion, que al parecer excluyen lo sublime.

Un poema como este no es susceptible de análisis. Por consiguiente, doy á continuacion el primer canto de esa amable composicion, suprimiendo de ella pasajes que la delicadeza francesa no podria soportar. Prefiero hacer resaltar las bellezas de un libro mas bien que enumerar curiosamente sus defectos; me es mas grato engrandecer al hombre ante el hombre, que rebajarlo á sus propios ojos. Por otra parte, mas se instruye por medio de la admiracion, que inspirando tedio, porque aquella revela la presencia del número, y este otro se limita á poner de relieve faltas que todo el mundo puede ver. En la armonía de los cielos, y no en algunas irregularidades de la naturaleza es donde mas visiblemente campea el poder de la divinidad.

## EL MINSTREL,

Ó PROGRESOS DEL GENIO.

¡Ah! ¿Quién podrá decir lo difícil que es el subir á la cumbre donde brilla á lo lejos el templo de la gloria? ¿Quién podrá decir cuántos genios suprimidos han sufrido el influjo de una estrella funesta? Rechazados por los ultrajes del orgullo y por los desdenes de la envidia, detenidos por la insuperable barrera de la indigencia, han andado algun tiempo lánguidamente vagando por los oscuros senderos de la vida; y por último han descendido á la tumba sin ser conocidos, sin ser llorados.

Y sin embargo, los abatimientos de una existencia sin gloria, no son igualmente abrumadores para todos los hombres. Aquel que jamás prestó oídos á la voz de la alabanza, no se quejará nunca del silencio del olvido. Hay algunos, que siendo indiferentes á los gritos de la ambicion, se estremecerian al oír la trompa de la fama. Dichoso se creia aquel, cuya sencilla vida está trazada en estos versos sin arte, con la salud, el bienestar y la paz que gozaba: sus deseos no se elevaban á mayor altura.

Si quisiese invocar á una sabia musa, mis artísticas consonancias dirian cuál fue allá en los tiempos antiguos el destino del *bardo*: lo pintaria animado de un corazon contento bajo sencillos vestidos: veríase su cabellera flotante, su barba encanecida, y de sus encorvadas espaldas penderia la harpa modesta, única compañera de su peregrinacion, respondiendo á los suspiros de las brisas: el anciano, al marchar, iria cantando á media voz alguna alegre letrilla.

Pero un pobre *minstrel* es el que inspira hoy mis versos. No os admireis, mortales orgullosos, de que yo le consagre mis acentos. Las Musas desprecian la sonrisa insultante de la fortuna, y no doblan la rodilla ante el ídolo de las grandezas.

Si las montañas del Potosí brillan con el esplendor de los diamantes y del oro; si las montañas de Escocia se elevan frias y estériles, no hay que perder de vista, que en el seno de las primeras fermentan la codicia y la ambicion, en tanto que la paz domina en los valles de las segundas constantemente iluminadas por un cielo puro y apacible.

En los siglos góticos, segun cuentan antiguas baladas, existia un pastor, cuyos antepasados habian tal vez habitado en un país amado de las musas, en las grutas de Sicilia, ó en los valles de Arcadia; mas él habia nacido en las regiones del Norte, en una nacion famosa por sus cantos y por la hermosura de sus doncellas, nacion altiva aunque modesta, inocente aunque libre, sufrida en el trabajo, firme en los peligros, inquebrantable en su fe, é invencible bajo las armas.

Ese pastor apacentaba su rebaño en las montañas de Escocia; nunca habia manejado la hoz, ni conducido el arado. Todo su tesoro era un corazon generoso. Bebia agua de la roca; la leche de las ovejas era su alimento, y sus sedosos vestidos lo abrigaban del rigor del invierno; seguian los errantes pasos de su ganado á donde quiera que se le antojase marchar.

Del trabajo nace la salud, y de la salud la paz, origen de toda la alegría. No envidiaba á los reyes, ni siquiera pensaba en ellos: no turbaban su imaginacion los deseos que burla la fortuna, que destruye el bienestar. Un padre virtuoso y una púdica madre, habian á las necesidades de su corazon: solo á ellos amaba y los amaba desde la infancia.

En ese pastor se cifraba toda la posteridad de aquella inocente pareja. Ningun oráculo lo habia anunciado al mundo, ningun prodigio habia brillado sobre su cuna. Fácilmente pueden adivinarse todas las circunstancias del nacimiento de Edwin, los arrebatos de alegría del padre, las oraciones de la madre por la felicidad, inteligencia y virtud del niño, y finalmente, todo un largo dia de verano consagrado al reposo y á la alegría por tan feliz circunstancia.

Edwin no era un niño vulgar. Con frecuencia sus miradas parecian sobrecargadas de graves pensamientos.